

comunistas. Puede juzgarse de la admiración provocada por el régimen político de los Incas leyendo el prefacio de la *Basiliade*, la obra famosa de Morelly, según la cual la utopía de su pueblo feliz no es sino una pura copia del régimen peruano: «El sistema no es imaginario, puesto que... las costumbres de pueblos que gobierna Zeinzenim son con poca diferencia las de los pueblos del imperio más floreciente y más culto que haya existido jamás... el de los Peruanos»<sup>1</sup>. Aun en nuestros días no es raro oír alabanzas á los Incas como modelo digno de ser seguido en la sociedad futura.

Ciertamente los indígenas de la meseta andina eran muy superiores á los civilizados de nuestros días, á lo menos en el concepto de que todos los individuos sin excepción tenían allí su subsistencia asegurada. Tal resultado atestiguan entre los Peruanos un espíritu de solidaridad y una conciencia escrupulosa de que carece por completo nuestro mundo europeo, fundado sobre el principio de la propiedad personal ilimitada. Desde ese punto de vista, la civilización moderna, que tanto enorgullece á ingenieros é industriales, es inferior á la de los Incas, con tanto mayor fundamento, cuanto que en el día no hay duda sobre la inmensidad de los recursos que posee la Tierra. Es incontestable — aunque los economistas de la escuela oficial pasen el hecho en silencio — que los productos anuales en alimentos de toda especie exceden en mucho las necesidades del consumo. Verdad es que miles de hombres mueren de miseria y de hambre, pero á su lado se averían y se pierden montones de géneros en los graneros, depósitos y almacenes.

Aunque reconociendo que respecto á ese punto los modernos han de humillarse ante los Incas, preciso es decir que la civilización, tal como éstos la habían concebido y la practicaban, había de producir fatalmente la decrepitud y la ruina de la nación. Los Peruanos creían en la utopía del «buen tirano», que seduce también á gran número de espíritus en Europa, pero que las revoluciones sucesivas han hecho felizmente irrealizable. El Emperador ó Inca era hijo del Sol ó el «Sol» mismo, el gran regulador de todo el sistema que gravitaba á su alrededor; la ley, *apou-p-simi*, era la «palabra del

<sup>1</sup> *Basiliade*, t. I, p. xli; — André Lichtenberger, *Le Socialisme au XVIII<sup>e</sup> Siècle*, p. 108.

amo»<sup>1</sup>. No sólo era irrevocable su voluntad, como la de los reyes de los Persas, era también infalible, como ha venido á serlo en teoría la del soberano pontífice. El pueblo no tenía que hacer más que gozar de la felicidad de que la razón suprema del monarca tenía á bien colmarle. Sin embargo,

sin darse cuenta de ello, el Inca obedecía ciertamente á costumbres antiguas que, después de haber sido las de comunidades autónomas, habían tomado un carácter imperioso claramente monárquico. En primer lugar la tierra estaba dividida, como el imperio mismo, en cuatro partes: la primera cuarta parte correspondía al Sol, es decir, á su representante terrestre, al Inca; la segunda correspondía al gobierno, es decir, también al Inca; la tercera constituía las propiedades de los jefes ó *couraca*, y por último, la cuarta se dividía anualmente entre las familias de las comunidades. Esta porción solía ser suficiente para el sustento de los súbditos, pero en caso de escasez, éstos recu-



Cl. A. Quiroga.

JOYA DE PLATA DE LOS BORDES DEL LAGO DE TITICACA

rían á los graneros públicos, constituidos por las reservas del Inca. Los animales de carga se repartían de la misma manera entre los Peruanos, pero el derecho de caza estaba reservado para los grandes personajes; no se dejaba á la disposición de todos más que las hierbas de los campos y el pescado de los ríos, de los lagos y del Océano. El guano de las islas Chinchas se dividía estrictamente entre las provincias del litoral y del interior para el abono de los campos respec-

<sup>1</sup> Célestin Prat, *Bull. de la Soc. d'Ethnographie de Paris*, Abril-Julio 1901.

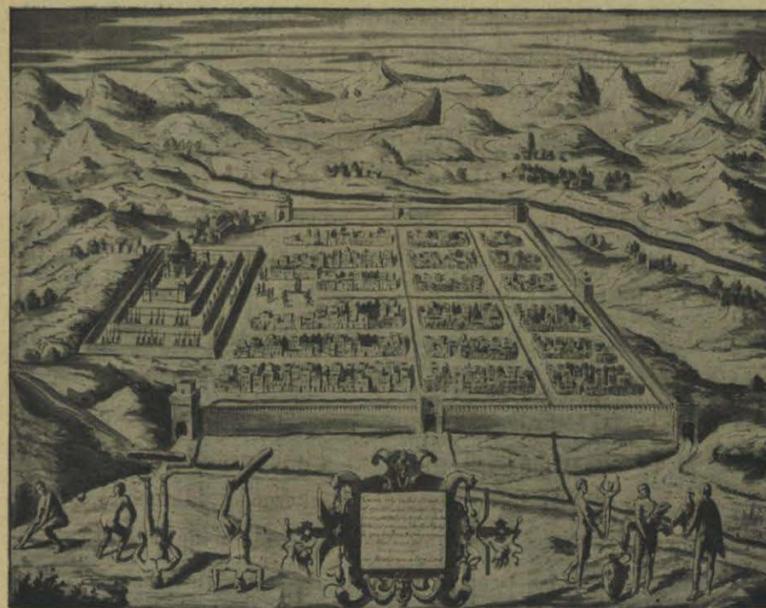
tivos, tanto los más lejanos del mar como los más próximos. Se había previsto la situación de los inválidos y de los enfermos: no quedaban á cargo de la caridad privada, sino que venían á ser como huéspedes de la nación, y las tierras á que tenían derecho se cultivaban por sus vecinos.

En cambio de la tierra que da la subsistencia, el hombre del pueblo debía obediencia absoluta á todos los que reflejaban la luz del sol: trabajaba para sus amos en los campos, en las minas, en los caminos ó en los palacios, y hasta, en ciertas circunstancias, se le pedía la vida, y estaba obligado á darla con alegría. Los grandes peligros nacionales, las enfermedades de los jefes, los signos de mal augurio exigían sangre, sobre todo la de los niños más fuertes y la de las doncellas más hermosas. Aparte de las órdenes del Estado, la voluntad individual no se manifestaba en nada; los matrimonios se hacían conforme á la elección de los amos y además siempre en el círculo de un estrecho parentesco y entre habitantes de una misma villa. No se toleraba el derecho de ir y venir: si los correos habían de llevar las órdenes del soberano de uno á otro extremo del imperio, los camineros no podían pasar de la parte de camino de cuya conservación estaban encargados, y el labrador permanecía fijo al trozo de tierra cuya cosecha le era concedida. La policía seguía á cada individuo en toda su existencia, siendo imposible escapar á la vigilancia de ese gran ojo del Estado, del sol que ve todas las cosas. Modelábanse las cabezas de antemano, según las clases y el género de trabajo á que se les destinaba: se había tenido cuidado de dar formas monstruosas á los cráneos de las gentes condenadas á la servidumbre absoluta; el hombre reputado infame estaba previamente afligido por la pena de tener una cabeza de infamia, mientras que se admitían ciertas tribus, particularmente protegidas, á la felicidad de llevar las orejas en forma de abanico<sup>1</sup>.

De ese modo la docilidad de los pueblos de la meseta, Quito, Quichua, Aimara, Atacama, Chunchos, se obtenía de una manera completa; el rey Sol tenía súbditos según su corazón. Pero, aunque teniendo el título de dioses y siendo adorados como tales, los Incas

<sup>1</sup> Ch. Wiener, *Pérou et Bolivie*; — Edm. Gosse, *Déformation des Crânes*.

eran hombres, tanto más expuestos á la ignorancia cuanto que nadie de los que estaban á su alrededor les decía la verdad, y tanto más expuestos á sucumbir á la locura cuanto que podían tomar en serio el lenguaje de sus aduladores. Y esos rasgos de ignorancia y de locura no faltaron: á causa de la guerra de dos competidores, los Españoles pudieron entrar en el imperio desunido; por la estupidez



Cl. Sellier.

VISTA DE CÚZCO

De una obra del siglo xvi.

de Atahualpa, Francisco Pizarro pudo tenerle en su fuerte mano como un juguete movido á su antojo; por la irresolución de aquellos millones de súbditos sin energía ni voluntad, un corto número de bandidos resueltos pudieron apoderarse de un territorio de cuya inmensa extensión distaban mucho de formarse una idea. Además, los Peruanos estaban dispuestos á prosternarse ante los nuevos dioses. ¿No se vió á un hijo de los mismos Incas, Garcilaso de la Vega, lamer las manos ensangrentadas de los que mataron á los suyos? «¡Oh ilustré raza de los Pizarro! — exclama en su obra — ilustré raza, ¡cuán obligados te quedan los pueblos del Viejo Mundo por las riquezas que el Nuevo les ha dado! ¡Pero cuánto más te son deudores

los dos imperios de Méjico y del Perú por tus dos ilustres hijos Hernán Cortés y Francisco Pizarro, con sus tres hermanos Fernando, Juan y Gonzalo, que han sacado á estos idólatras de las tinieblas en que estaban! ¡Oh familia de los Pizarro, que todos los pueblos del mundo te bendigan de siglo en siglo!»

La plata y el oro fueron en primer término las grandes riquezas del Perú. El acontecimiento capital de la guerra de servidumbre fué la entrega de las masas de oro que habían de llenar hasta la altura de un hombre la cámara del palacio de Cajamarca y servir de rescate al desgraciado Atahualpa, condenado á pesar de todo á ser ejecutado después de una apariencia de juicio. Sabido es cuál es el segundo sentido de la palabra «Perú», el de montón prodigioso de riquezas ilimitadas. Algunas minas han sido agotadas, otras se han perdido y otras no pueden ser explotadas actualmente por falta de combustible, de vías de acceso ó de población local; pero en tanto que los conquistadores españoles tuvieron á su disposición, como herencia de los Incas, los Indios de la meseta para imponerles el trabajo hasta matarlos, la única preocupación de los años fué extraer el metal, siempre el metal. Tocar directamente el oro tangible y pesado en masas enormes, tal fué el frenesí dominante. Como consecuencia, el fausto más que real, la ostentación agresiva y la arrogancia tomaron las proporciones de la locura por efecto de esas fortunas sin límites que el trabajo de los Indios extraía de la tierra. Uno de los virreyes del Perú, el duque de Palata, que reinaba hacia el final del siglo XVII, hizo empedrar una calle con oro macizo para que en su entrada triunfal en la ciudad de Lima no hubiera de pisar la tierra vil sobre la que pasan los mortales vulgares: ese capricho le costó, según se dijo, cuatrocientos millones de francos; mas para elevar un bello monumento, para pintar ó esculpir una verdadera obra de arte siempre faltaban los recursos.

Suele atribuirse al exterminio directo la despoblación del Perú y de otras comarcas mineras de América. Es un error, puesto que los Peruanos, acostumbrados á la docilidad absoluta, no lucharon por su independencia ó no se rebelaron más que en raras ocasiones, y solamente en la proximidad de los grandes bosques, donde algunas tribus de fugitivos, vueltos al salvajismo, habían adquirido un

poco de aquel valor que da la vida libre entre los árboles y los animales. La despoblación de la cuenca minera fué la consecuencia fatal del trabajo excesivo; en cuanto á la de las regiones de la costa, á lo largo del Pacífico, era en gran parte anterior á la conquista: muchas ciudades del litoral estaban ya arruinadas por efecto de las



Cl. Sellier.

INDIOS TRABAJANDO EN LAS MINAS BAJO LA VIGILANCIA DE LOS ESPAÑOLES  
De una obra del siglo XVI.

guerras que habían tenido lugar entre los indígenas. Además se ha exagerado mucho la población probable de las ciudades de la costa: verdad es que las ruinas del Gran Chimu ocupan un espacio enorme comparado con el de la antigua Menfis, pero las construcciones fueron elevadas en épocas diferentes, de modo que las casas habitadas estaban separadas por escombros; aparte de que había extensos espacios destinados á la agricultura como los que existen hoy entre las diversas poblaciones de la llanura: toda la tribu de los Chimus, evaluada en más de cincuenta mil individuos, vivía en

el interior de los límites urbanos y allí encontraba su sustento <sup>1</sup>.

Los Españoles no ocuparon sobre las vertientes de los Andes más que bandas muy estrechas de terreno, fuera del reino de los Incas. En el territorio que ha llegado á ser el Chile meridional, se agotaron en sangrientas luchas contra los Araucanos, que, viviendo libres, sin amos, eran hombres completamente diferentes de los tímidos Quichuas: no se habían dejado dominar por los Incas, lo que les valió el nombre que llevan, que significa «rebeldes», ni se sometieron tampoco á los Españoles. A la mitad del siglo XVII, después de cien años de combates infructuosos, fué preciso reconocer por un tratado la independencia política de los Araucanos, y si dos siglos después acabaron por ser Chilenos, fué á consecuencia de una lenta modificación de la raza, de las costumbres y de las condiciones económicas: no hubo conquista.

Sobre la vertiente oriental de los Andes, los obstáculos opuestos por la Naturaleza, tanto como la hostilidad de los Indios pusieron un límite á las invasiones españolas: las bandas llegaban á las llanuras inferiores disminuídas por las fiebres, abrumadas por la fatiga, heridas y extraviadas; la menor escaramuza con los indígenas les daba el golpe de gracia. En vano intentaron los conquistadores de la Bolivia penetrar en la red de los ríos amazónicos. En 1560, Diego Alemán descendió de La Paz hacia las regiones que recorre el Amara-Mayo ó «Madre de Dios», pero fué capturado por los indios Mojos. Cinco años después, una expedición enviada en busca de minas de oro y de plata fué todavía más desgraciada: no se supo jamás de ella <sup>2</sup>.

Por otra parte si las empresas exploradoras fueron frecuentemente desgraciadas, debíase en gran parte á las autoridades coloniales; porque así como el gobierno metropolitano se había atribuido el derecho de permitir ó prohibir las expediciones en el Nuevo Mundo, así también los diversos poderes representativos de la voluntad real velaban con extremado celo por que los viajes, intentados siempre con la idea de encontrar plata ú oro, fuesen autorizados y vigilados; ante todo necesitaban la seguridad de tener buena parte en los beneficios futuros: en ambos lados del continente, las auto-

<sup>1</sup> Adolphe Bandelier; — Hodge, *American Anthropologist*, Septiembre 1897.

<sup>2</sup> Sixto L. Ballesteros, *La Provincia de Caupolicán*, ps. 8 y 9.

ridades castellanas y portuguesas desconfiaban unas de otras, y así ocurrió que muchas veces los exploradores hubieron de huir para escapar á la vigilancia inquieta de los gobernadores españoles. Por esta razón principalmente, y también á consecuencia de las grandes dificultades de las expediciones, las comunicaciones entre los Andes

N.º 394. Perú meridional.



1: 10 000 000

0 100 250 500 Kil.

y el Atlántico eran siempre detenidas: sólo por el lado del Pacífico podía España ponerse en relación con los conquistadores del Perú.

En el antiguo reino de los Quitus, al este del Ecuador, parecía más fácil que por parte alguna abrirse una puerta de salida hacia el Atlántico, porque en esta porción de su desarrollo, los Andes propiamente dichos son menos elevados y más estrechos que en el resto de su extensión, y los ríos que de ellos descienden marchan en línea recta hacia la gran arteria fluvial de las Amazonas. Uno de los

hermanos del famoso Pizarro quiso, en efecto, seguir ese camino: se embarcó en 1540 sobre el río Napo, á través de un bosque de árboles que se imaginó eran caneleros; pero el viaje se hizo tan largo y penoso, de tal modo se complicó con fiebres y enfermedades de agotamiento, que Gonzalo hubo de renunciar á su propósito y tomar nuevamente el camino de la meseta para salvar lo que quedaba de su tropa. Sólo uno de sus subalternos, Orellana, dejando ir su esquiife por la corriente del Napo, después por la gran corriente del Amazonas, acabó por llegar al «mar dulce» y volver á la azulada extensión del Atlántico. El continente había sido, pues, atravesado de parte á parte, pero Orellana no llevaba consigo oro ni perlas: la relación de sus aventuras no le suscitó imitadores, y su expedición no se rehizo en sentido inverso hasta un siglo después, en 1638 y 1639, cuando el portugués Texeira remontó el río á la cabeza de una cincuentena de canoas cargadas de provisiones.

Bajo un clima más templado, la cuenca de los ríos platenses, que los navegantes españoles habían abordado por la vía directa del Atlántico, fué colonizado por ellos mucho antes de la época en que el río de las Amazonas fuese reconocido directamente. Hasta se ha supuesto que Sebastián Cabot previó en 1528 la importancia futura de las aguas del Plata como camino natural hacia las minas de plata del alto Perú: de ahí, se ha dicho, el nombre de río «Argentino» dado al estuario cuya entrada guardan hoy las dos grandes ciudades de Buenos Aires y Montevideo; sin embargo, esta explicación del nombre «Plata» parece pura fantasía á Lafone Quevedo: el nombre proviene de que los descubridores hubieran querido hallar plata en el nuevo territorio y se lo aplicaron, en consecuencia, como nombre de buen augurio.

Al sud del mar de las Antillas, los primeros descubridores después de Colón, como Niño, Guerra, Hojeda, Vespucci, Bastidas y Juan de la Cosa, habían ya seguido el litoral, y rápidamente se conocieron bien los puertos y los mercados; pero la toma de posesión de las comarcas del interior no se hizo hasta un tercio de siglo después y en condiciones especiales, indicando ya la era de la dominación capitalista, llegada en nuestros días á la perfección.

De tal modo se habían amasado las riquezas en el siglo XVI en las casas de los poderosos monopolizadores del tráfico y del dinero,

que su fortuna era superior á la de los imperios. Sin contar con Andrés Doria, que por sí solo poseía más barcos que la república de Génova, Carlos V no hubiera podido disputar á los Berberiscos las costas del Mediterráneo occidental; sin los banqueros de Augsburgo, el monarca no hubiera podido hacer que se ocupara la costa Firme de América. La alta banca, que manejaba los escudos y los ducados á millones, elevaba sus ambiciones hasta el imperio, y hacía la guerra, la piratería y las matanzas en comandita: ya los ricos Médicis habían llegado á ser verdaderos reyes por el poder del dinero; ¿por qué los Welsler y los Fugger, más ricos aún, no habían de adquirir el rango de virreyes? En efecto, los banqueros que habían prestado doce «toneladas» de oro á Carlos V, recibieron en hipoteca inmensas extensiones de terreno con derecho de gobierno y de propiedad, incluso la de los hombres. Así se explica la aparición de nombres germánicos, tales como Alfinger, Speier, Fredemann entre los conquistadores, cuando hasta entonces todos habían sido españoles.

Uno de esos jefes alemanes mereció más que los otros ser colocado entre los héroes guerreros: á la cabeza de una banda que comprendía algunos jinetes, escaló (1537) las vertientes orientales de la alta cadena de Suma-Paz, la «Paz Suprema», para bajar á la meseta de Cundinamarca, donde se eleva actualmente la capital de la república de Colombia, Santa Fe de Bogotá. Pero se sabía que aquella región de los Andes poseía oro y esmeraldas, y Fredemann no fué el único que franqueó las montañas, las nieves y los valles profundos para alcanzar aquel país de promisión donde vivía el rey «Dorado», «El Dorado», que se bañaba en un lago después de haberse cubierto de arenas de oro. Tres partidas europeas de bandidos se hallaron á la vez sobre la altura de la meseta: una, la de Fredemann, que parecía haber caído de las nubes del Este; la segunda, la de Belalcázar, quien desde los volcanes de Quito había aparecido en el fondo del valle magdaleniano para remontarse en seguida hacia las altas tierras; la tercera, la de Quesada, que venía del puerto de Santa Marta por caminos no menos ásperos. Las gentes de las tres bandas, que se decía hallarse compuestas exactamente del mismo número de hombres armados — ciento sesenta cada una — con el

obligado acompañamiento de frailes, vacilaron algún tiempo entre la guerra y la paz, pero acabaron por entenderse mediante indemnización que había de suministrar el trabajo de los Indios. En parte alguna del Nuevo Mundo fueron los Españoles más crueles ni emplearon método más repugnante. Lo que se llama la piedad se mezcla tan bien con la ferocidad, que hubo piadosos capitanes que hicieron voto de matar cada día doce Indios en honor de los doce apóstoles.



CACHARRERÍA PERUANA

La división del trabajo de conquista y de arreglo colonial se había repartido en los siglos XV y XVI entre los Españoles y los Portugueses. Los primeros habían tenido las Antillas, Méjico, la América Central, las regiones andinas y platenses; los segundos tomaron el litoral brasileño, que les había asegurado el viaje de Alvarez Cabral, y avanzaron gradualmente á lo largo de las costas de un lado hacia el Amazonas,

del otro hacia el Plata, mucho más allá de los límites que les concedían en longitud el tratado de Tordesillas y la bula del papa Alejandro VI: en el año 1616 llegaron á Pará sobre la red de los ríos que fecundan el territorio de las regiones amazónicas. No encontraron delante de sí naciones organizadas que pudiesen resistirles, como los Aztecas y los Mayas á Cortés, los Araucanos á los Almagro y otros jefes de bandas que les sucedieron. Sin más adversarios que hordas sin consistencia, avanzaron á su antojo por donde reconocían interés en hacerlo; pero, colonos ó guerreros, eran en tan corto número, que el territorio realmente ocupado por ellos se limitaba á algunos puntos del litoral y á una parte del interior muy

cercano, rodeado de bosques, donde continuaban viviendo los Tupis, los Coroados y otros Indios. Además, la división de las posesiones portuguesas en inmensas capitanías donde la inmigración no podía hacerse libremente y habían de sufrirse mil impertinencias policiacas, se oponía al aumento rápido de la población europea.

Pero un Estado fundado sobre la violencia no puede mantenerse más que por la violencia, y los Portugueses no se limitaron á vivir en paz en el maravilloso país que les cobijaba. En primer lugar trataron de expulsar á los Europeos rivales que reclamaban su parte de lo que se creía ser «la isla» de Santa Cruz. En 1567 expulsaron á los Franceses de la bahía de Río Janeiro y les tomaron en 1615 la isla de Maranhão. Hallándose la costa brasileña tan expuesta como las Antillas á los ataques de los corsarios, fué preciso defenderla sobre mil puntos contra Ingleses, Franceses y Holandeses, sobre todo contra estos últimos, que acabaron por ocupar el litoral avanzado de



CACHARRERÍA PERUANA

Pernambuco durante treinta años del siglo XVII (1642-1654). Pero, aparte de la guerra sostenida para la reconquista de aquel territorio, el principal conflicto que estalló en la tierra brasileña, dedicada á la fe católica, fué precisamente una lucha de carácter casi religioso, puesto que puso frente á frente los *mamelucos*, mestizos blancos de São Paulo y todo el Brasil meridional con los misioneros jesuitas. En realidad se trataba por una parte y otra de la posesión de los indígenas. Los jesuitas, que los habían convertido y habían hecho de ellos los servidores más dóciles, querían conservarlos en su poder,

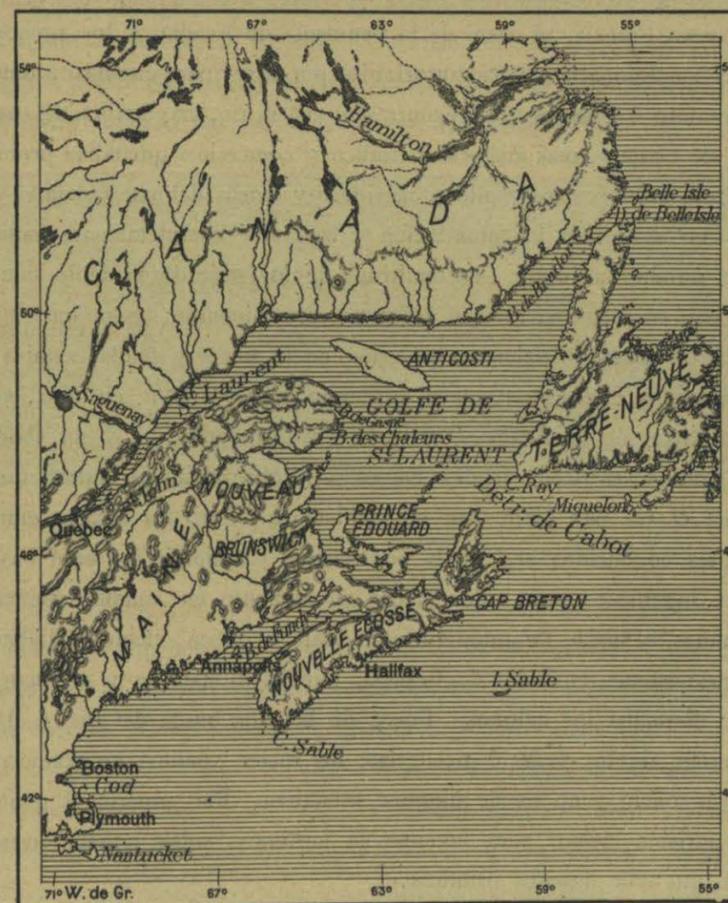
en tanto que los Paulistas pretendían apoderarse de ellos para hacerles trabajar en sus plantaciones. Después de terribles matanzas, los sacerdotes jesuitas, seguidos de sus rebaños humanos, tuvieron que huir lejos, al otro lado de Paraná, en las soledades del Paraguay, y lograron por cierto tiempo retener sus comunidades de fieles obedientes y laboriosos.

Como es natural, las prodigiosas conquistas de los Españoles y Portugueses excitaban la rivalidad de las otras naciones marítimas de la Europa occidental, las cuales hubieran querido también tomar su parte de la Tierra, y aun, á falta de playas no ocupadas todavía, ponerse en lugar de sus afortunados antecesores en las comarcas del Nuevo Mundo ya sometidas, como lo intentaron los Franceses en el Brasil, aunque en aquella época fueran escasas sus fuerzas para ocuparlas en el exterior. Sin embargo, los pescadores vascos, rocheleses y bretones se dirigían hacia las «Tierras Nuevas» desde tiempo inmemorial, probablemente precolombiano: no teniendo interés en dar á conocer los caminos del mar y los rincones del litoral que servían á su industria, quedaban ignorados, á pesar de la utilidad de su tráfico: la gloria del descubrimiento corresponde á viajeros que no seguían las tradiciones de la pesca. Los documentos recogidos por Fernando Duro y los historiadores del Canadá nos hacen saber que al principio del siglo XVI, cien años antes de la colonización oficial, se sucedían campamentos de pescadores bretones al norte del golfo de San Lorenzo, cerca de la entrada meridional del estrecho de Belle-Isle<sup>1</sup>: sobre la bahía de Bradóre, el campamento de Brest albergaba en el momento de la pesca, hasta tres mil individuos. Y sin embargo, hasta 1535, Jacques Cartier, de Saint-Malo, no pasó de las tierras de la entrada laurentina y reconoció el carácter fluvial de las aguas que provienen del interior del continente, penetrando hasta la angostura principal del cauce, en el sitio en que el río llamado actualmente de San Carlos desemboca en el San Lorenzo y donde se levanta el soberbio promontorio que limita el lecho del río hasta el estrecho del cabo Rojo. Aquella roca, que domina el confluente y sostiene la ciudad pintoresca de Quebec, una de las metrópolis del

<sup>1</sup> Fernando Duro, *Arca de Noé*; — Benjamín Sulte, *Histoire des Canadiens français*.

Nuevo Mundo, no tenía entonces más poblado que una aglomeración de cabañas, un *canada*, palabra con que en la actualidad se designa todo el territorio de la «Potencia».

N.º 395. Desembocadura del San Lorenzo.



1: 12 500 000  
0 100 300 600 Kil.

El campamento de Cartier y otros que se fundaron después, en el transcurso del siglo XVI, fueron abandonados por los colonos y arrasados por los salvajes: además, la población de la comarca por emigrantes venidos de Francia y de otros países era casi imposible, debido á que las largas extensiones de costas y todo el territorio posterior había sido dado en monopolio á personajes bien relacionados